

corazón del Africa, a curar a los habitantes de aquellas regiones. Doctor en Medicina se pone al servicio de los indígenas, estableciendo su hospital en una misión, a los flancos de la Selva, llena de misterios. Allí acuden gentes de todas las tribus cercanas (y de las lejanas también). Los enfermos de úlcera, cuya frecuencia en Africa Central es enorme, tomando las más diferentes formas, los heridos por las fieras, con una extremidad destrozada por dientes o garras; los atacados de la enfermedad del sueño, plaga terrible de curación difícilísima y tardía. Y otros muchos. Para todos tiene un solícito cuidado el Dr. Schweitzer, que trabaja horas y horas, amorosamente, sin retribución. La que puedan darle, escasísima, voluntariamente, algunos sanados por su atención, la emplea en adquirir medicamentos, cuyo transporte al Africa encarece aún los más elementales.

Encanta ver la figura prócer (aquí si que cuadra el manido adjetivo) de este médico, narrando con una sencillez maravillosa sus trabajos, incansable frente a una asiduidad aumentada por sus éxitos.

La narración de todo este bregar está salpicada, pintorescamente, y de todos los detalles aventureros curiosos del Africa Salvaje. La vida en aquellas latitudes es, de por ella, un atractivo y un peligro. El doble por supuesto, para este médico artista que pone su actividad al servicio de una humanidad desvalida y olvidada. Para él, este trabajo es sólo una devolución de bien, un pagar con beneficio, por su parte,

todo el mal que los blancos han causado a los negros.

La obra de Schweitzer tiene también un propósito benéfico. Presentando estos detalles, solicita al final ayuda de cuantos quieran contribuir a la obra que, con tantos esfuerzos, va realizando. Para ello da sus direcciones. Quien se sienta atraído a contribuir puede hacerlo fácilmente.

He aquí un libro simpático. Su contenido, lleno de atracción e interés. Novelescamente, incluso, una obra de valor indudable.—*J. M. S.*

## POESIA

LIRIOS DEL ALBA, por *Gladys Smith*

Una bella adolescente—apenas 17 años—que reside en Bolivia firma estos *Lirios del alba* (1). Es, desde luego, su primer libro, el libro irremediabilmente apresurado, prematuro, nacido al calor de la incitación insistente de dar forma, volumen, a los sueños más sentidos en esa moza y bella edad.

Un libro prematuro, hemos dicho. Sin embargo, nosotros creemos con Rainer María Rilke que nunca se es prematuro cuando existe un mensaje que entregar, aunque pequeño. Y este, por muy desdeñable que sea en conjunto la obra primeriza, siempre manifiesta su latido, verdad que vacilando, entre líneas, como avergonzado de presentarse antes de haber empezado siquiera a madurar,

(1) La Paz, 1932.

a orientar su trayectoria próxima. No es prematuro y si tampoco necesario, cuando menos deja una enseñanza proficua, inoivdable. Y esta ahoga la desazon posterior causada por el libro que hubiéramos querido después mantener inconfesado; la ahoga y acaso, acaso... la convierta en una diminuta simpatía agrada-cida hacia el volumen lanzado en la adolescencia impaciente.

Gladys Smith, aunque sea duro confesarlo, se encuentra distante de este caso, no existiendo ningún motivo apreciable que justifique la aparición de sus *Liros del alba*. Es cierto que debido a su extrema juventud podría perdonársele este libro, ya que es propio de la adolescencia engañarse y extraviarse, creerse capacitado para labores cuyas condiciones naturales no se poseen y cuya ausencia es notada después—siempre que el equivocado tenga un poco de sentido común—abandonándose aquellas labores definitivamente. Queremos creer que Gladys Smith lo hará así con el tiempo, pues no sería posible encontrar condiciones líricas en ella, a no ser que se fuera propietario de una benevolencia ilimitada, cuando los mejores versos de su libro son los siguientes:

Yo me siento morir, yo se que  
[pronto, inexorablemente,  
a mi vendra la Muerte y con gesto  
[triumfal  
de entre los brazos bellos de la pia-  
[dosa Vida  
con crueldad infinita me habrá de  
[arrebatat.

Yo se que muy en breve, Amor,  
[tu que sentiste

entre tus blancas alas mi quimera  
[vibrar,  
verás que para siempre esa Nada  
[implacable  
tus seductores lazos se atreverá a  
[arrancar. Etc.

Seguramente, en algunos años más, la señorita Gladys Smith estará en condiciones de encontrarnos razón.—A. T.

CIENCIA DE LA PALOMA Y TRÉBOL,  
por José Varallanos.—Editorial  
Hidalgo. Lima.

Paul Valery ha dicho que el problema de la libertad en el arte es problema de disciplina. En seguida esclama: «Paradoja dramática». ¿Paradoja? Creemos que no, pues nos parece imposible concebir la libertad sin disciplina (1) ya que esta ha sido una consecuencia imperiosa de aquella, una consecuencia y ahora elemento paralelo y convergente.

Nadie desconoce que el concepto de libertad es anterior al de disciplina, que sin aquel no es posible éste y que si la disciplina ha nacido de la libertad es porque esta necesita de aquella como la rama necesita del árbol y como este de la rama, para cumplir en totalidad su destino.

Paradoja, no; dramática, sí. Lucha dramática más bien, pero no por conciliar una antinomia aparente sino por alcanzar dos facultades necesarias para dirigir el temperamento, la sensibilidad, la poten-

(1) La libertad como concepto social no nos interesa porque es una falacia demagógica.